

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN.
Pesetas Cts

las Baleares, trimestre.	1'25
provincias, idem.	1'50
Ultramar y Extranjero.	3
Número suelto.	0'10

ADMINISTRACIÓN
Conquistador, 30.

La Tradición

PUNTOS DE SUBSCRIPCIÓN
En la Administración y en la
Librería de los Sres. Amengual
y Muntaner, Cadena

ANUNCIOS
En la 4.ª plana á precios re-
ducidos.
REDACCIÓN
Constitución, (e)quina S. Jaime

PERIÓDICO CATÓLICO MONÁRQUICO

Se publica el sábado de cada semana con aprobación de la autoridad eclesiástica

DIOS PATRIA REY

Á DON CARLOS DE BORBÓN

EL 4 DE NOVIEMBRE

VÁSTAGO ilustre de cien reyes, á Vos nos dirigimos, Augusto Príncipe, en una ocasión en que van á decidirse los destinos de vuestra patria y de la nuestra.

Una nación que fué grande porque fué católica, se vé encadenada en su fe y en sus tradiciones, por algunos extraviados, cuyos padres importaron del extranjero la zizaña del ateísmo y de la revolución social.

Por vuestras venas corre pura sangre de San Fernando, por las de vuestra ilustre esposa sangre de Godofredo de Buillón. Herederos de sus nombres, lo sois también de su celo. La madre patria os llama porque tiene necesidad de Vos. Sus entrañas desgarradas por tantas calamidades, y por las divisiones de sus hijos, claman al cielo por la restauración moral y religiosa. Os llama para que seáis el restaurador de su fe y de su grandeza.

En Vos, Príncipe Augusto, fijan sus miradas ansiosas, anhelantes, quince millones de almas, que tienen que sofocar en silencio los sollozos de sus corazones, viendo levantarse templos á la herejía, y derramarse por doquiera á torrentes doctrinas inmundas de irreligión y de inmoralidad.

Este pueblo que en tiempos más felices se abandonaba alegremente á sus justos alborozos, bajo la égida de un trono paternal, gime hoy abrumado bajo el peso de la miseria y dependencia servil, condenado á un forzoso mutismo.

Este pueblo, verdadero corazón de la patria, desea ansioso recobrar aquellos bonancibles tiempos, que con aquellas santas libertades y venerandos fueros, veía deslizarse su vida en agradable quietud y en apacible bienestar.

La patria, Señor, desea ardientemente estrecharos en su seno maternal para consuelo de todos sus hijos.

Venid, pues, Príncipe Augusto, pasad los Pirineos. La tierra que pisaréis, fué en otro tiempo tierra de santos, de héroes, de grandes hombres; por doquiera hallaréis restos de una antigüedad gloriosa.

Al poner vuestras plantas en su sacro suelo, os saludarán los manes de Sancho el Mayor en Navarra, de Pe-layo en las Asturias, del Cid en Castilla, de los Pedros y Alonsos en Aragón, de los Berengüeres en Cataluña y de Jaime el Conquistador en Valencia y Mallorca. Avanzad, Señor, y en el real monasterio del Escorial, os saludarán también las sombras de los Carlos, Felipes y Fernandos, en León las Berengüelas, y en Galicia adoraréis piadoso á nuestro patrono Santiago, que más de una vez se dignó dirigir nuestros ejércitos con su celestial poderío. Penetrad, Señor, en Extremadura, y á vuestra memoria acudirá el recuerdo del gran Carlos Quinto, que venciendo á sí mismo sepultó en la estrechez de un claustro todo el resplandor de dos mundos. Llegad á las Andalucías, y el palacio de la Alhambra, os mostrará las venerables cenizas de Isabel y de Fernando, sus conquistadores.

Entrad por fin á Sevilla, y vuestro glorioso progenitor San Fernando, os bendecirá como á hijo, y os dis-pensará su poderosa protección.

Noble y santa misión os incumbe, Príncipe Augusto; pero el Dios de los reyes y de las naciones estará con Vos y nada tendréis que temer. Millones de corazones os acompañarán ansiosos y os reconocerán como á su libertador.

Estarán á vuestro lado valientes españoles de probada lealtad y consecuencia. Los ilusos y extraviados volverán en sí, y se acogerán bajo el manto de vuestra clemencia. Venid, Señor, no blandiendo la espada del guerrero, sino ostentando la hermosa palma de la paz y del amor.

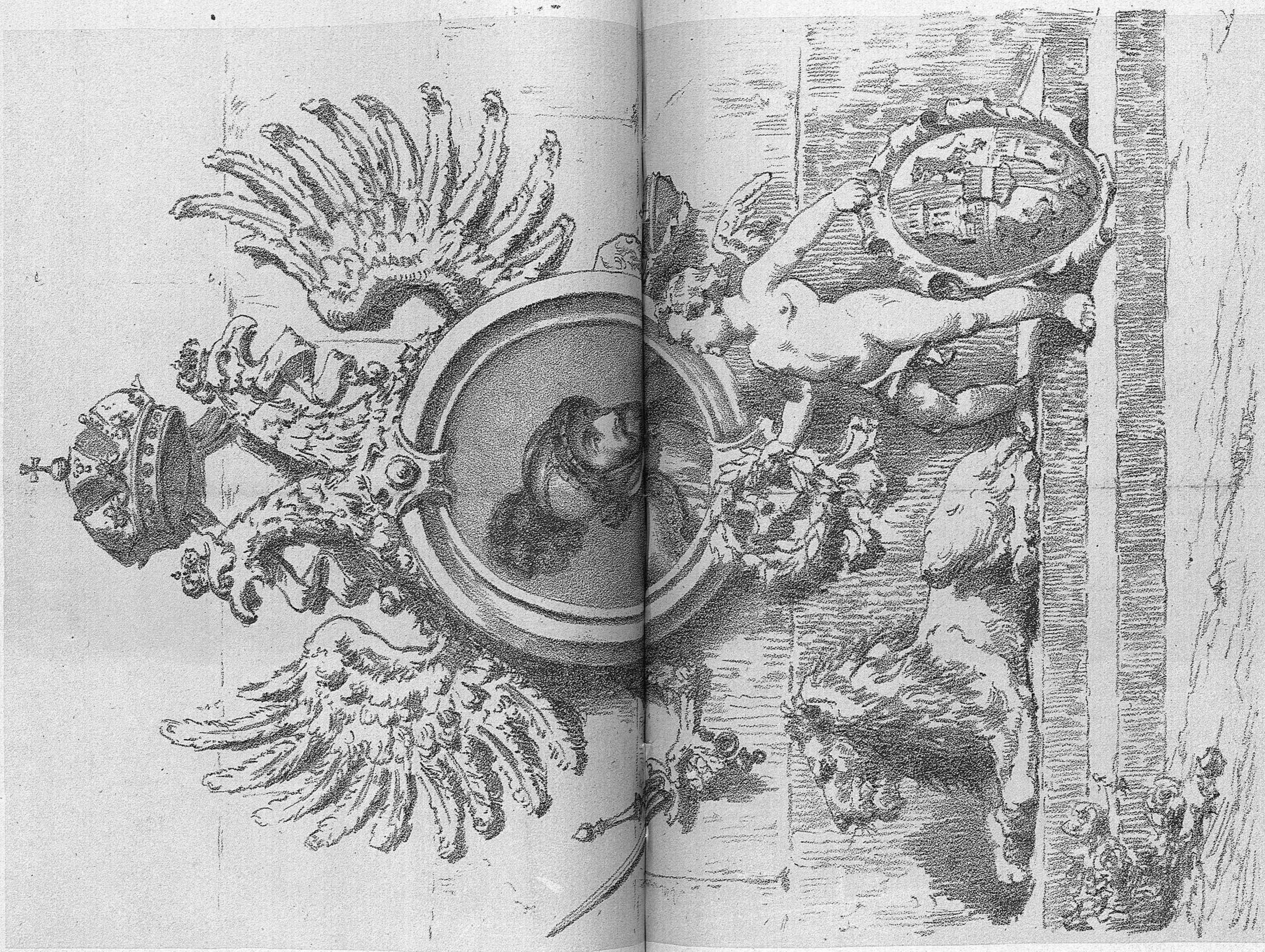
Venid, sí, Príncipe Augusto, sed el adalid de la religión, el restaurador de nuestra grandeza y el padre del pueblo. Venid, y la Iglesia se os mostrará reconocida, la patria bendecirá vuestro nombre, el Dios de las bondades será vuestra fortaleza, y los siglos cantarán vuestras inmarcesibles glorias.

CUANDO estas líneas lleguen á manos de los lectores del modesto pero decidido campeón de las hermosas tradiciones patrias en la prensa balear, el calendario cristiano, tras una fecha que hace ya siglos empezó á ser saludada por la voz de nuestros cañones como día de fiesta nacional, escribirá un nombre que llena las más hermosas páginas de la Historia de la Iglesia y de la Historia de España, y hace revivir recuerdos grandes y nacer esperanzas consoladoras en medio de tristezas que desalientan y acongojan.

Cierto que tampoco este año dará al sol sus colores de oro y sangre desde los almenados torreones de nuestro alcázar, como en otros días y ocasiones, la hermosa enseña que tan bien simboliza las nobles cualidades, el desprendimiento, el valor, la hidalguía de nuestra querida patria. Cierto que tampoco hoy mezclarán sus voces de alegría, sus palabras de cortés saludo, en distinta pero elocuente forma expresadas, las campanas de nuestras iglesias y los cañones de nuestras baterías, ni brillarán tampoco á la luz de las velas encendidas sobre el sagrado altar, ni á los rayos de un sol espléndido, ante los ojos de numerosas muchedumbres apiñadas para presenciar militares funciones, los vistosos colores de variados uniformes, el oro y los esmaltes de ricas insignias y brillantes condecoraciones. Pero el nombre del Santo Arzobispo de Milán, el nombre de S. Carlos Borromeo apareciendo á continuación de un número que para algunos tal vez sólo exprese una simple fecha, hará revivir en la memoria de todo hijo fiel de la Santa Iglesia la grandiosa y simpática figura de aquel Santo Obispo, ejemplar acabado de Prelados santos, á cuya muerte exclamaba el Papa Gregorio XIII: «se ha apagado la antorcha de Israel,» y en la de todo buen español el recuerdo de aquel rey que según frase feliz obligó al sol á pasar por el aro de su corona, el recuerdo de Carlos I, vencedor de los enemigos de Dios en Mühlberg y de los enemigos de la patria en Pavía, y también el de aquella serie de descendientes suyos que hizo grandes la desgracia y más grandes aún su dignidad y su entereza; el recuerdo de aquel Carlos V que no se manchaba en Bayona, ni temblaba ante Bonaparte, ni pactó jamás con la Revolución; de aquél Carlos VI que por mantener sus principios y sostener sus derechos caía en Trieste al golpe de muerte misteriosa, víctima con toda su familia del odio de las sectas; de Carlos VII, hermosa esperanza de la patria, verdadero dechado del príncipe cristiano y caballero á quien hoy con admiración contempla Europa comiendo el pan del destierro por conservar en su bandera, con toda su pureza y debido orden de prioridad, el lema augusto en cuya defensa dieron su sangre legiones de héroes y esperando con fe y confianza la hora de Dios que se acerca y cuya llegada sus mismos enemigos cuidan de precipitar.

Por esto hoy, movidos por los múltiples recuerdos que evoca y entusiasmos que engendra la fecha del 4 de Noviembre, la gran familia carlista, el verdadero pueblo español, sin necesidad de estímulos, ni menos de avisos oficiales, se reúne en sus círculos y casinos; expresa sus sentimientos de cariño in-

La Redacción.



CARLOS I
REY CATÓLICO Y CÉSAR INVICTO

menso, de adhesión inquebrantable, hacia el que más que su Jefe es su Padre, por boca de sus oradores y por conducto de su prensa; desfila, en la forma que le es dado, en ese á modo de solemne besamanos, ante su augusto Caudillo, y, creyente de veras y no por fórmula, acude ante todo al templo santo, y allí, más con el corazón que con los labios, pide al Dios de quien desciende todo bien, por intercesión del Santo Arzobispo de Milán, glorioso patrono de la que álguien denominó dinastía insobornable, la salvación de la patria amada y luces y celestiales auxilios para aquél á quien, más que la sangre, sus cualidades y el deseo de casi todo un pueblo llaman á realizarla.

Dios, la patria, el rey; bella y augusta trilogía, santo y tradicional lema, hermosas é insustituibles palabras escritas en nuestra bandera con la sangre de miles de mártires y que hoy, mejor que ningún otro día, pronuncian con entusiasmo, como á modo de plegaria, como signo de esperanza todos los labios carlistas sin que en ninguno de ellos aparezcan separadas ni confundidas ya que su unión fuerte é íntima resiste aun á los esfuerzos de la imaginación, todo se encuentra y se revela en su piadoso murmullo que se siente al pié de nuestros altares ante cuyas aras los nietos de Pelayo, los hijos y herederos de los que vencieron á la media luna y ahuyentaron las águilas imperiales, templan su fe y se aprestan y aperciben para cumplir, cuando Dios lo quiera, con los sagrados deberes que imponen Religión y Patria.

Oiga el Santo insigne cuya fiesta hoy celebramos los votos y súplicas de todos puntos de España hacia él se dirigen; y así como en momentos difíciles y horas de prueba supo llenar deberes altísimos, trabajar por la gloria de Dios, ser el alma de aquel gran Concilio en el que tan alto subió el nombre español y del cual tantos bienes reportaron la Iglesia y la sociedad, desde las moradas de luz y de paz que le merecieron sus heroicas virtudes, continúe siendo el protector de todo aquello que tanto amó en la tierra, el intercesor poderoso por cuya mediación se cumplan en breve nuestras aspiraciones y deseos, el canal y conducto por donde, para mejor conseguirlo, bajen sobre CARLOS VII para la prosperidad y grandeza de la hoy abatida PATRIA las bendiciones de Dios.

L. DE Cárdenas.

IV ÁLMEI

Al Rey y al Ejército Español

SONETO

Por la sed y la fiebre devorado
San Fernando á su ejército veía;
Con furor el muslin acometía
E iba á ser por los moros derrotado.
Por la fe de su mente iluminado
á los cielos acude con fé pia:
«Válme, Madre de Dios, Virgen María!»
Exclama el santo Rey: «¡Salva al cruzado!»
¡Hirió la dura roca con su acero
Y surgió cristalino de su entraña
De aguas puras riquísimo venero!
Que esa fe que conmueve la montaña
Ilumine la mente del guerrero
Y el soldado español salvará á España!
EL CONDE DE GUERNICA.

La solución es D. Carlos

ACTUALMENTE, en estos presentes críticos momentos que estamos atravesando, ha llegado también á su período crítico, pero álgido bajo todos conceptos, el gravísimo problema que hay por resolver en España. Problema lleno de nubes y oscuridad para unos, de miedo infundado y terror inminente para otros, de nobles deseos y aspiraciones levantadas para los más, y, sobre todo, de inexorable justicia para todos: porque justo es el mal ó el *finis Hispanie*, si viene (que á Dios gracias no vendrá), como temen algunos, puesto que la virtud de los buenos no habrá sido á los ojos de Dios bastante meritoria para redimirnos y redimir á la patria; y justo, justísimo, es el triunfo de la verdad, porque al fin los vejados, los oprimidos y los parias de esa situación vergonzosa hallarán la recompensa á sus penas y sacrificios, y el sol de la libertad

verdadera que nos legó Jesucristo en el Gólgota alumbrará radiante la resurrección de este pueblo, no para cebarse los vencedores en los vencidos, sino para saludar á unos y otros con el cántico sublime con que las trompetas celestiales anunciaron la venida del Mesías, *Gloria á Dios en las alturas y paz á los hombres de buena voluntad.*

Y si Dios nos concede este gran beneficio, las aguas volverán á correr por su verdadero cauce, y el espíritu español será uno, como una debe ser su fe y uno su nombre. Olvidados antiguos recelos y desechadas extranjeras teorías, se procederá á la nueva roturación de este suelo feraz, y si todos nos preciamos de patriotas, aportaremos cada uno de por sí nuestro grano de mostaza y nuestra gota de agua para la preparación de la nueva cosecha. Y ya que el labrador es quien en todos los tiempos más pruebas ha dado de laboriosidad y apego al terruño, lógico será entonces que en prueba también de leal y recíproco estímulo los ricos apronten sus capitales y los pobres sus brazos y los sabios su talento, mostrando todos verdadero deseo de trabajar, que es lo único que la madre España con perfectísimo derecho reclama de sus hijos los españoles.... ¡Espectáculo hermoso será el de la nueva era, viendo al abogado aferrado á sus pleitos, al médico á la cabecera de sus enfermos, al catedrático en las aulas, al militar en su puesto y al zapatero á sus zapatos, atareado y afanoso todo el mundo español para hacer algo propio y práctico en beneficio de la patria!

Y de tal bienandanza participará la virtud, al verse premiada y el mérito al ser preferido, la indigencia protegida y la ley rigiendo á todos por igual, con una misma medida, con un mismo raso. No habrá preferencias de clases sociales para servir con las armas á la patria, porque la ley de quintas tendrá un solo artículo, que es ser todos soldados cuando la dignidad nacional lo reclame. Y entonces se verá así mismo á la figura más alta, al Rey, enorgullecerse de vestir el burdo capote y empuñar las armas y compartir con los soldados las fatigas de la guerra, alentando á unos, enardeciendo á otros con su ejemplo, celebrando victorias y reparando con espíritu sereno y reflexivo contratiempos y desgracias. Y en los tranquilos tiempos de paz, lejos de subyugarse á la indolencia que suele acompañar á la felicidad de un estado impresionista, ó al abatimiento que trae consigo la persuasión de la propia debilidad, ese Soberano será el que por sí mismo ponga cuidado en velar por todos los intereses nacionales, desenvolviendo iniciativas y viviendo pobre y cediendo su último maravedí en días lúgubres para la patria, al igual que en época faustosa sabrá ser tan comedido y discreto que de él emane el ejemplo de no desperdiciar ni desatender las cosas que mañana la utilidad ó la suerte varia puedan reclamar. Un rey caballero por esencia, pero con aquella caballerosidad democrática que cuente á los pobres como hijos suyos y los haga sentar á su mesa, huyendo de camarillas de endiosados que sólo saben adular, y escuchando á los varones sabios, probos y rectos que sepan decir la verdad á Reyes y Príncipes, á nobles y plebeyos. Un rey que diga, en una palabra: «Yo soy el primer ciudadano, el primer soldado, el primer español; y todos mis súbditos serán considerados de la misma manera.»

He aquí la solución al problema actual. Pero, ¿quién lo ignora? ¿No reclaman todos una forma, un gobierno, un hombre que tales cosas represente? ¿Hay acaso ningún español sincero que hincándose de rodillas no diga en los presentes momentos que esa es su bandera, su fe, su esperanza? ¿Puede ignorar ningún hijo de esta noble tierra quien es el hombre que cosas tan bellas simboliza? ¿Puede haber una persona de sano juicio que todavía ande buscando soluciones efímeras, más ó menos prácticas y probables?....

Pero, españoles: ¡si en España LA SOLUCIÓN ES DON CARLOS!

LEONCIO.

Nuestro grabado



celebrar hoy la Santa Iglesia la festividad del sabio Obispo de Milán San Carlos Borromeo, Santo Patrono del Augusto Duque de Madrid, ha creído LA TRADICIÓN que nada podía ser tan grato á nuestro egregio caudillo, entusiasta idólatra de las glorias patrias, como honrar nuestra tan modestísima como leal publicación con el retrato del gran rey, del César invicto que dió nombre á su siglo, á ese siglo tan fecundo en monarcas ilustres, en guerreros inmortales, en sabios famosos; á ese siglo de las grandes transformaciones tanto en el orden político y religioso como en el orden material, pues al influjo de España, que acababa de ser lazo de unión entre dos mundos, no solamente sufrieron cambios radicales los estados en sus constituciones internas, más también en sus límites topográficos; y dió nombre á su siglo el gran monarca español en una época en la que regían los destinos de las primeras naciones poderosísimos soberanos; pero ni las gigantescas figuras de León X, Francisco I y Enrique VIII, ni el opulento Solimán el Magnífico que abrumaba los mares con sus poderosos bajeles, pudieron contrarrestar ni debilitar por un momento siquiera el dominio del gran Carlos, cuyo nombre unido al de nuestra España llenaba el orbe entero.

El retrato que publicamos, debido al artístico lápiz de uno de nuestros más entusiastas correligionarios, es sacado de un cuadro de la época que existe en el Museo de Madrid. El lienzo que se admira en el Museo del Prado, obra del gran Tiziano, nos representa á Carlos I en la batalla de Mühlberg, en esa batalla en la que el invicto monarca, no obstante hallarse enfermo, quiso vestir la guerrera armadura, y dicen sus historiadores que siempre que le vestían los arreos militares, extremecebase, pero en cuanto se hallaba armado, su debilitado cuerpo se animaba demostrando contento y valor; y de este modo sucedió en Mühlberg el 24 de Abril de 1547. «Montando soberbio alazán y blandiendo una lanza en la diestra; recorría las filas y alentaba á sus guerreros más como fogoso general que como jefe y gobernador de un gran imperio», peleando al frente de sus tropas contra los enemigos de la Fe cual simple capitán, afirmando con su espada el ofrecimiento hecho en Trento en el que se declaraba mantenedor de las decisiones de los Santos Padres reunidos en Sagrado Concilio en aquella Ciudad.

No hemos de recordar aquí los gloriosos hechos de aquel reinado, que para ello no fueran bastantes las columnas de LA TRADICIÓN. Monarca católico por excelencia, nacido y educado en extranjero suelo, supo compenetrarse tanto con su España, que, habiendo sido al principio mirado con poco amor por los españoles, acabó por ser idolatrado de ellos. Religión, Patria y Rey eran una sola idea, siendo imposible defender una de estas tres causas sin luchar en pró de las otras.

¿Qué contraste forma nuestra España de hoy con aquella España!

De conquista en conquista hemos alcanzado el *summum de la libertad*; ya nada podemos desear; desaparecieron aquellas monarquías tradicionales y fundóse al fin la monarquía liberal. Ayer un monarca legítimo y poderosísimo, un monarca que reinaba y gobernaba, Carlos I, pedía á las Cortes reunidas subsidios, y esas Cortes, compuestas de hombres libres, se los negaban porque así el bien de la patria lo exigía; hoy, un presidente del Consejo de Ministros pide oro para saciar la sed de sus jaurias, y las Cortes, compuestas de hombres liberales, doblan la cerviz, y, desangrando al pobre pueblo, entregan á aquél la poca savia de vida que nos queda. Carlos pedía dinero para asombrar al mundo con sus hazañas y devolver á cambio de ese oro, entretejidos con inmarcesibles laureles, estados y coronas que multiplicaban los dominios españoles; hoy se

pide dinero para satisfacer vergonzosas indemnizaciones que exigen gobiernos extranjeros, y á cambio de ese oro y de nuestra sangre nos dan Zanjanos, Marrakeshs y notas diplomáticas de dudosísima apreciación.

La unidad religiosa guardada como preciado tesoro en nuestra España, como fundamento y vida de nuestra unidad política, desapareció, y poco á poco fue y sigue desmembrándose la patria, sin que sea bastante á contener la ruina el esfuerzo de nuestros valientes soldados que riegan con su sangre generosa esos pedazos de tierra, que no por estar separados de nuestra España dejan de ser parte integrante del santo suelo de la patria.

Transigir es gobernar: este es el lema liberal; y puesto en práctica vemos los tristes resultados presentes y las terribles consecuencias que se avecinan.

Transigiendo con la Masonería, Cuba y Filipinas nos ofrecen oscuros y pavorosos problemas. Transigiendo é implantando todas las libertades constitucionales, la monstruosa cabeza del anarquismo levántase erguida y estamos próximos á sufrir la más tremenda de las catástrofes.

Pero en esa época en la que más que en ninguna otra se pone en práctica esa desventurada máxima de transigir para gobernar, en esa época de las grandes debilidades, aparece providencialmente una figura augusta, aparece el nieto de Santos y de reyes, y en lucha abierta con las suicidas ideas liberales, prefiere vivir en el destierro á transigir; guardando incólume, cual sagrado depósito, la herencia de sus mayores, es el caudillo de la Religión, el caudillo de las libertades, la esperanza de la patria. Y así como Carlos I va á Trento y pone su espada al servicio de la Iglesia, Carlos VII acude á Trento también para adherirse en persona á las decisiones de un Congreso que tiene por objeto combatir la herejía moderna, el Masonismo. Carlos I desnuda su espada en defensa de la causa de Dios; Carlos VII al frente de sus leales voluntarios combate la revolución impia, deshonradora de la Religión y de la Patria.

Transformaciones radicales sufrió la Europa del siglo XVI; transformaciones radicales va á sufrir la Europa del siglo XIX. Se avecinan grandes mutaciones en los estados, especialmente en nuestra España. Cuando suene la hora en el reloj de la Providencia, cuando llegue el momento de arrojar ese sudario que hoy nos envuelve como símbolo de muerte, y renunciando á la vida seamos lo que fuimos, lo que nunca debiéramos haber dejado de ser, ya sabemos donde acudir en demanda de libertad y gloria, ya sabemos quien nos devolverá la perdida grandeza, ya de todos es conocido el fuerte brazo que despliega al viento la inmaculada bandera de la Patria, á cuya sombra protecciona España volverá á ser la España de otros tiempos, la España de nuestros amores.

MAZA.

CRÓNICA GENERAL

DE PALMA

Encarecemos muy mucho á los carlistas la asistencia á la misa que se celebrará el próximo domingo día 7, á las 11 de su mañana, en la iglesia de la Concepción. Su objeto, como habrán visto por los diarios locales, es conmemorar la fiesta de hoy, ó sea el Santo de nuestro Augusto Jefe; habiéndose aplazado para tal día dicho acto religioso, con el fin de que la asistencia sea más factible á todos.

También, conforme se había anunciado, hoy se reparten por el CIRCULO TRADICIONALISTA DE PALMA, 300 bonos en especie de pan, arroz y embutidos, á 0.75 pts. uno, á los pobres.

PALMA.—Tip.—lit. de Amengual y Muntaner.